



EL BURLADOR DE SEVILLA

Y

CONVIDADO DE PIEDRA.

PRIMERA PARTE

Resuene el mérito acento,
 y vuele de uno á otro Polo,
 en las plumas de la fama,
 el caso mas portentoso,
 la maravilla mas grande,
 y suceso mas pasmoso,
 que se guarda en los anales,
 y para hacerlo notorio,
 no presume mi ignorancia,
 remontarse al suntuoso
 bello monte del Parnaso,
 para implorar el socorro
 de aquella sabia influencia
 dulce ficcion de los doctos:
 solo proclama, y aspira
 mi discurso temeroso,

á aquel númen infinito,
 sacro, eccelso y poderoso:
 cuya luz inaccesible
 desterrará el tenebroso
 nublado, que se interpone
 de temores, y de asombros
 á mi triste pensamiento,
 de un mal escrito medroso.
 Mas, pues, me hallo en empeño
 tan árduo y dificultoso,
 siguiendo el rumbo divino
 desde el mar, donde zozobro,
 de la celestial princesa,
 norte de afectos dudosos,
 para lograr su obediencia,
 ha de sacarme del golfo:

tire mis plumas las líneas
y admire todo curioso,
a un tanto tan nunca oído,
atención que el rasgo rompo.
En la grandiosa y eccelsa
Sevilla, lucido imperio
de las mas nobles Ciudades
de España blason famoso,
de lealtad claro espejo,
pues en cuanto el sacro Apolo,
con la circular tarea
devana los copos de oro,
no registra otra mas noble
desde lo alto de su sólio.
En esta Corte suprema,
de virtud, y nobleza heróica,
un principal Caballero
vivía en union gustosa
de una muy hermosa Dama,
su igual en lustre y decoro;
dióle de su matrimonio,
á don Diego de Tenorio
el cielo un hermoso infante,
y en el bantismo dichoso,
que adquirió, la gracia añade
mas duplicado el soborno
en las gracias que le esmaltan,
pues fue Juan su nombre propio.
Crióse en aquel descanso,
y política que solo
sabe practicar el noble
con sus hijos amorosos:
creció su belleza y gala,
con un genio caprichoso,
que odiado de sus parciales,
siempre gustaba andar solo,
entregado á pasatiempos;
al estudio virtuoso
siempre le dió negaciones
altivo, bárbaro y loco.
Llegó á tocar los umbrales

de la juventud brioso,
y con libertad y gala,
habiendo puesto los ojos
en una ilustre doncella,
tuvo traza y halló modo
de entrar en su nuevo alvergue
donde atrevido, imperioso,
logró aleve con la fuerza
cuanto perdió en lo engañoso.
Dejó aquella rosa ajada,
y ultrajado aquel pimpollo,
haciendo burla y donaire
de un lance tan afrentoso.
Por cuyo motivo el padre
ostentándose piadoso,
determinó el ausentarle,
dándole pronto socorro,
se lo remite á su hermano
á Nápoles, donde honroso
por Embajador estaba
del Rey de Castilla heróico.
Recibióle el noble tio
con afecto cariñoso,
y don Juan en este tiempo,
ingrato, presuntuoso,
se enamoró de Isabela
la duquesa, que en el propio
cuarto de la reina estaba,
por dama de honor lustroso.
Esta señora vencida
del que pretendia esposo,
que era un grande de aquel reino
dispusieron amorosos
verse una noche en secreto,
mas como el amor vicioso,
todo el cuidado y desvelo,
alcanzó don Juan Tenorio
á saber de una criada
el concierto: é industrioso,
disfrazado su persona,
acudió al puesto muy pronto:

de forma que la duquesa,
con recatado alborozo,
pensando que era su amante,
entre apreciables coloquios
le dió las llaves del alma,
para que el ladrón famoso,
de su heróica honestidad,
robase el casto tesoro,
y en medio de aquellas dichas,
que promete el amor loco,
dijo madama Isabela:
dulce bien, amado esposo,
voy por una luz, que quiero,
pues tanta fortuna logro,
mirarte dueño de un alma,
que eres tú su dueño solo;
que aunque don Juan pretendia,
con alhagos cautelosos,
el detenerle fue en vano;
y atendiendo al alevoso,
con la luz del desengaño,
dió voces su honor heróico.
Alborotóse el Palacio,
salió el Rey al alboroto,
sin que el torpe delincuente
de peligro tan notorio
se pudiese redimir,
y echando el rebozo al rostro,
intentaba defenderse:
llegó don Pedro Tenorio
á este tiempo, á quien el Rey
encargó de este negocio,
y la guardia juntamente,
si se resiste brioso;
le den al punto la muerte;
y á la dama riguroso,
que en la torre de palacio
le aseguren con decoro,
hasta averiguar si quiere,
ó puede el hado alevoso,
mejorarse en la desdicha,

que ultrajó honor tan costoso.
Apenas se ausentó el Rey,
quitó don Juan el embozo,
y á las plantas de don Pedro
se arrodilló afectuoso,
que importa mucho una vida,
y de una honra el destrozo.
y el prudente embajador,
siéndole su sangre apoyo,
lo escapó por un balcon,
y al Rey persuade de modo
que imaginándole muerto,
cesó la saña y enojo.
Dejemos en el palacio
de Nápoles suntuoso
á la duquesa Isabela
anegada en sus sollozos
y á don Pedro, que al momento
despachó á Castilla un propio,
dando cuenta del fracaso
lamentable y lastimoso,
donde dió parte á don Diego,
que don Juan en tiempo corto,
á valerse de su amparo,
irá á Sevilla animoso.
Y vamos al Burlador,
atrevido y mentiroso,
que habiendo sido su asilo,
su remedio y su socorro,
una embarcacion pequeña,
que andaba en el mar á corso,
se levantó una borrasca,
é impensado terremoto,
que ya el mísero bagel,
dando de uno en otro escollo,
de salvar la triste vida
desconfiaba el piloto.
En este conflicto el jóven
al mar se arroja furioso,
por mirar cerca la orilla,
freno del salobre mónstruo;

siguiéndole un leal criado,
en la náutica famoso,
que viendo á su amo ya,
en los últimos ahogos,
hecho racional Delfin
le escapó sobre sus hombros;
y en la amable arena apenas
puso sus pies alevosos,
cuando á una bella zagala,
que habitaba los cortornos
de aquella vecina playa,
hermosa y discreta en todo,
(cuyo nombre era Tisbea)
la solicitó engañoso,
diciendo que pretendia
quedarse en el arenoso
terreno, y ser pescador,
por gozar sus bellos ojos.
Rendida al fin la doncella
de imaginados antojos,
que el ser principal persona
le persuadia amoroso;
bajo la fe y palabra
de su trato mentiroso,
se rindió á sus persuasiones;
pero don Juan de Tenorio,
ingrato, falso y aleve,
inconstante y alevoso,
no contento con quitarle
su honra, cual fiero mónstruo,
le pegó fuego á su alvergue,
y con grande desahogo
tomó dos postas ligero,
sin temer el justo enojo
del cielo, á tan graves culpas,
y delitos espantosos.
La triste infeliz doncella

quedó llorando el malogro
de su hermosa juventud.
Escapando el engañoso
de los riesgos de la Italia;
llegó al fin donde piadoso
el pecho de su noble padre,
para enmendar tanto oprobio,
con que ajaba su nobleza,
sensual y escandaloso,
por refrenar la inquietud
de su genio belicoso,
y mudable condicion,
hizo el concierto dichoso
de casarle, porque el Rey
hizo en esta parte todo,
pidiéndole á don Gonzalo
de Ulloa héroe, famoso,
la belleza de doña Ana,
su hija, milagro hermoso
de la gran naturaleza,
el cual la ofreció gustoso,
ignorando el mal empleo,
que lograba con Tenorio.
Dejemos en este estado
el tratado desposorio,
que en el segundo romance
se dirá el fin lastimoso,
que tuvo este caballero,
porque trató sin decoro
el honor de las mugeres,
y atrevido y jactancioso
las burlaba y ofendia,
con obras, palabras y odios.
Y ahora humilde suplico
á mi discreto auditorio
que me perdonen las faltas
de estilo conceptuoso.

FIN.

Continúa la 2ª parte 2 hojas de mas